

BOLÍVAR Y EL ECUADOR: EL MUTUO AFECTO*

Felipe Montilla*

Hablar de Simón Bolívar desde esta generosa tierra ecuatoriana, desde esta próspera ciudad de Quito y en el escenario maravilloso de esta Universidad que es orgullosamente su epónima, es sin duda un honor privilegiado sin par.

En esta ciudad vivió momentos de gloria esplendorosa que lo habrían de marcar con los más puros afectos para toda su vida; y desde aquí recibió generosas ofertas de hospitalidad en la hora menguada de su infortunio.

Cómo olvidar en este día, en que nos reunimos para conmemorar los doscientos catorce años de su nacimiento, aquel 27 de marzo de 1830, cuando recibió en su casa de Fucha, en Bogotá, a una representación de las principales familias de Quito, quienes preocupadas por el anuncio de su viaje a Jamaica o Europa traían para el Libertador un generoso planteamiento del Obispo Lazo, donde se le proponía lo siguiente:

Los padres de familia del Ecuador han visto con asombro que algunos escritores exaltados de Venezuela, se han avanzado a pedir que vuestra excelencia no pueda volver al país donde vio la luz primera; y es esta la razón por la que nos dirigimos a vuestra excelencia suplicándole se sirva elegir para su residencia esta tierra que adora a vuestra excelencia y admira sus virtudes. Venga vuestra excelencia a vivir en nuestros corazones, y a recibir los homenajes de gratitud y respeto que se deben al genio de América, al Libertador de un mundo. Venga vuestra excelencia a enjugar las lágrimas de los sensibles hijos del Ecuador y suspirar con ellos los males de la patria. Venga vuestra excelencia en fin, a tomar asiento en la cima del soberbio Chimborazo, a donde no alcanzan los tiros de la maledicencia, a donde ningún mortal, si no Bolívar, puede reposar con gloria inefable.

* Discurso pronunciado por el senador Felipe Montilla en la Universidad Andina Simón Bolívar en Quito, el 24 de julio de 1997.

Esta generosa invitación estaba suscrita por muchísimos ciudadanos de Quito y quizás fue el último testimonio que todavía en vida recibiera Simón Bolívar del pueblo ecuatoriano. Porque a lo largo de los años y al pasar de los tiempos, como herencia genuina de generación en generación, el afecto de los ecuatorianos por Simón Bolívar se ha mantenido incólume y creciente.

El destino quiso que el Ecuador estuviera al lado de su héroe hasta la hora final; en efecto, la última persona en preparar los alimentos del Libertador en San Pedro Alejandrino, fue una humilde mujer ecuatoriana a quien Bolívar llamaba afectuosamente la Negra Fernanda. El 15 de diciembre de 1830, a pocas horas del desenlace fatal, la Negra Fernanda pidió autorización al médico Próspero Reveren para permanecer un rato en la alcoba mortal del Libertador y en el murmullo de sus rezos y en los sollozos regados de lágrimas de la negra estaba representado el dolor del Ecuador ante la desaparición de su héroe más amado.

Pero quizás nos adelantamos a este sentido recuerdo, que en medio de las incomprendiones constituyó sin duda un aliciente en la difícil hora del prócer. La suerte, lamentablemente, ya estaba echada, el rumbo de sus últimos días ya estaba decidido y Quito se quedó esperándolo sin haberlo sacado del bracerito caliente de la admiración popular.

Hoy es el día de la Unidad Andina, porque un 24 de julio de 1783, en una noble casona de Caracas, la que servía orgullosamente de asiento al matrimonio Bolívar y Ponte Palacios y Blanco, se estremeció de júbilo por el advenimiento de un nuevo vástago, el cuadrigénito.

Ese día la alegre placita de San Jacinto, ubicada frente a la aristocrática mansión, se ve plena de caras amigas que van a cumplimentar a la pareja de felices padres y sin duda alguna, al acercarse a la cuna del recién nacido, pudieron presentir que estaba rebosante de porvenir glorioso.

La familia es de la más pura prosapia colonial, blancos puros que reúnen honores, títulos, tradición, significación política y cuantiosa fortuna. Pocas familias reunían en su seno tanto esplendor social y económico como ésta que celebra alborozada el nacimiento del niño Simón.

Pero contrario a lo que podría pensarse, ni la niñez ni la adolescencia transcurrieron en un marco de felicidad para el niño y para el joven Simón Bolívar. Pierde a su padre a los tres años y a su madre a los nueve y enfrenta los avatares de un niño huérfano en variadas y contradictorias circunstancias de familiares y de maestros y entre éstos descuellan dos nombres: Simón Rodríguez y Andrés Bello. Rodríguez lo va a marcar con sus lecciones de manera tan contundente que en el momento de su gloria y de su poder le pudo arrancar este contundente reconocimiento: "Usted formó mi corazón para lo grande, para lo bello, para lo hermoso, yo he seguido el camino que usted me señaló".

El matrimonio temprano tampoco le iba a proporcionar felicidad duradera. Su linda y admirada esposa lo iba a dejar viudo en circunstancias tan

conmoveras que le arrancaron la promesa de no volver a contraer matrimonio.

Luego los viajes a Europa, a España, a Francia y a Italia, donde en compañía de su maestro y tocayo iba a adquirir el compromiso rotundo que formuló en juramento del Monte Sacro.

La política lo atrapó de manera contundente y definitiva, ya aparece entre los jóvenes que hacen posible el pronunciamiento del 19 de abril de 1810 y se proyecta como tribuno de palabra determinante en la llamada Sociedad Patriótica, especie de club revolucionario que alentaba y auspiciaba la declaración de la independencia por parte del primer Congreso venezolano. En el seno de esa sociedad patriótica pronunció su primer discurso el 3 de julio de 1811, dos días antes de la declaración de la Independencia de Venezuela. Su palabra es recia y convincente. “No es que hay dos Congresos”, afirma categórico, para luego preguntarse “¿cómo fomentar el cisma los que conocen más la necesidad de la unión?”... Más adelante se plantea: “Nos dicen que los grandes proyectos deben prepararse en calma. ¿Trescientos años de calma no bastan?”. “Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana; vacilar es perdersos”.

Es ya el verbo encendido que lo va a caracterizar durante toda su vida y que tuvo también en esos primeros años una agónica expresión ante el espantoso terremoto que azotó a Caracas y a Venezuela el 26 de marzo de 1812; era Jueves Santo y en una capilla, casi al lado de su casa, algunos sacerdotes especulaban que se trataba de un castigo divino por la declaración de la Independencia, el joven Simón Bolívar, subido entre los escombros, produjo su famosa sentencia: “Si la naturaleza se opone lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca”.

Estaba iniciando ya una alucinante carrera en el campo de la guerra, del pensamiento y del arte de gobernar. Su actuación en la Primera República lo perfila de manera contundente; su primer cargo fue el de Comandante del Castillo de Puerto Cabello, uno de los más importantes desde el punto de vista militar a lo largo de toda la historia. Y allí obtiene su primer fracaso; un traidor, Francisco Vinoni, entregó el Castillo en manos de los presos realistas y Bolívar, a duras penas, pudo escapar. Esta pérdida fue tan grave que le arrancó al generalísimo Miranda la frase: “Venezuela está herida en el corazón”, y marcó tanto al joven Bolívar, que a Vinoni lo encontró de nuevo entre los presos de la Batalla de Boyacá en 1819 y en el acto ordenó su fusilamiento.

Después de la pérdida de la Primera República vino la primera diáspora; y Bolívar sale a refugiarse en Cartagena desde donde iba a dirigir a los ciudadanos de la Nueva Granada el primer gran documento surgido de su pluma, el Manifiesto de Cartagena, en el cual analiza las causas de la pérdida de la República y plantea las estrategias para su recuperación. Y al obtener la ayuda

requerida, comienza a nacer el genio militar, el caudillo sin par, el héroe exigido para la difícil tarea de lograr la independencia de todo un continente.

Los grandes soportes de su pensamiento están, además de este manifiesto de Cartagena, en la Carta de Jamaica de 1815, en el Discurso de Angostura de 1819, y en el mensaje y Constitución de Bolivia de 1825. Testimonio de su reciedumbre y de la firmeza de su carácter es sin duda el polémico decreto de Guerra a Muerte que lanzó desde Trujillo-Venezuela en 1813.

A lo largo de estos años se va consolidando una jefatura, que primero fue competida y rivalizada, pero que en el curso de los acontecimientos se afianza, en la medida que su ingenio y su carácter iban madurando al héroe genial que llevaba en sus adentros.

1819 ya marca la madurez guerrera del genio militar de Bolívar; concibe la sorpresiva decisión de cambiar el escenario de la guerra, atraviesa los Andes en circunstancias tremendamente difíciles y aparece en la Nueva Granada para obtener las victorias de Pantano de Vargas, de Boyacá, y la toma de Bogotá y del Virreinato de la Nueva Granada, con lo cual cambió de manera rotunda y definitiva la suerte de las armas de la República.

Lo que vino después fue para redondear la empresa de la libertad del Continente. Carabobo, para consolidar la independencia de Venezuela; Bomboná y Pichincha, donde brilla a su lado el más leal y consecuente de sus tenientes, Antonio José de Sucre, para lograr la independencia del Ecuador, y luego en el Perú, en las más difíciles circunstancias que tienen como expresión culminante a Pativilca, donde lo encuentra don Joaquín Mosquera rodeado de enemigos y en tan quebrantada salud, y pronuncia su célebre respuesta ante la pregunta de ¿qué pensaba hacer?: ¡Triunfar! Respondió de manera certera y precisa, y triunfó en efecto en Junín y en Ayacucho para consolidar definitivamente la independencia de todo el Continente.

Bolívar tuvo, como todos los grandes hombres de la humanidad, su hora de grandeza y su momento de infortunio, pero este momento fue en él su paso previo a la gloria y a la inmortalidad.

En su hora de grandeza, en el momento estelar de su poder, no puedo dejar de recordar el que vivió en esta próspera ciudad de Quito. Después de la victoria de Pichincha, Quito había reconocido la soberanía de Colombia y las victorias de Bomboná y de Pichincha le abrieron al Libertador el ansiado camino que lo condujera hasta la ciudad. Y de inmediato se puso en marcha hacia este anhelado destino.

El 10 de junio de 1822 pasó por Tulcán, el 13 llegó a Otavalo y el 16 de junio hacía su entrada triunfal en esta ciudad que se había engalanado para recibir apoteósicamente al Libertador, recibimiento que constituyó sin duda uno de los sucesos inolvidables de la historia de Quito durante el siglo XIX.

El Libertador venía acompañado de Sucre y de 600 jinetes, cabalgando sobre su magnífico caballo blanco. La ciudad los recibe jubilosa, enardecida, les abre

su corazón de gran ciudad y los acoge en sus calles engalanadas de flores, de arcos triunfales y de bullicio popular; son miles de voces que aclaman al héroe que llegaba.

No es posible dejar de señalar un encuentro muy grato, que el destino le deparó a Bolívar en aquel día de gloria. En efecto, el cortejo llegó a la esquina diagonal del Palacio del Obispo, donde una corona de laurel, arrojada con tino desde uno de los balcones, cayó sobre el Libertador, quien al levantar sus ojos se encontró por primera vez con la mirada profunda y sensual de Manuelita Sáenz. En ese instante surgió en ambos el anhelo de encontrarse, lo que se produjo esa misma noche, en el baile ofrecido en honor al Libertador por las autoridades locales, en el gran salón de la Casa Municipal.

En esos refinados salones aristocráticos, dos bellas y cultas quiteñas conquistaron el corazón de estos dos próceres venezolanos; María Carcelén Larrea, quiteña de alta alcurnia y de excepcional belleza, conquistó el corazón de Sucre hasta el altar; y Manuelita Sáenz, quiteña bella y culta también, conquistó para el resto de su vida el amor desenfrenado de Simón Bolívar.

El guerrero incansable iba a continuar su destino; de Quito a Guayaquil para consolidar allí la aplicación jurídica la integración territorial de la República de Colombia; ya los pueblos de Cuenca, Loja y Quito habían reconocido la Constitución Colombiana y con la incorporación de Guayaquil a Colombia quedaba conformado el Departamento del Ecuador. De Guayaquil al Perú a sortear nuevas dificultades y a cosechar las victorias definitivas de la emancipación. Allí Bolívar y Sucre conformaron uno de los binomios más fructíferos de la historia de la humanidad.

El momento culminante de su hora de grandeza y de gloria lo constituyó, sin duda, el largo viaje de Lima al Potosí; recibimientos apoteósicos, discursos con un inmenso contenido de admiración y de afecto. Sin duda el más notable por su contenido profético fue el que pronunció Domingo Choquehuanca en Pucará, y tal vez el más logrado elogio que Bolívar pudo escuchar durante su vida:

Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho antes se parece a lo que habéis hecho, y para que alguien pudiera imitaros, sería preciso quedara un mundo por libertar. Habéis fundado tres repúblicas, que en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra estatua a donde ninguna ha llegado. Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina.

Con el viaje de retorno de Potosí se inició la hora menguada del infortunio. Le tocó enfrentar los primeros brotes de anarquía y las primeras manifestaciones de la ingratitude. Desandó el camino andado en busca de la gloria para conjurar conspiraciones y alzamientos. El recorrido del Perú hasta Caracas entre 1826 y 1827 fue el comienzo del fin.

Pero ya estaba dicho y escrito en la hermosa sentencia de Choquehuanca, su figura histórica estaba significada en las inmensas condiciones de su personalidad y de su genio que lo han consagrado sin duda alguna como el hombre más grande de su tiempo y de todos los tiempos.

La grandeza de Simón Bolívar resplandece más si lo ubicamos en el marco de la generación americana en la que le correspondió sobresalir como el mejor; en efecto, Bolívar tuvo que convertirse en la figura estelar y aglutinante de una generación inmensa, integrada por pensadores profundos y maduros, por intelectuales cultos, por estadistas potenciales, por combatientes fecundos y por estrategas llamados a brillar en los campos de batalla de todo el Continente.

Pero fue él, Simón Bolívar, quien imprime a la revolución el sello de su recia personalidad, de su pensamiento profundo y original y de su conducción genial para llevarla a la victoria. Fue quien concibió las grandes estrategias para abrirle a la revolución el camino de la adhesión popular; y fue él también quien forjó y concretó la unidad de Colombia, ambas cosas indispensables en la consolidación de la independencia de todo el Continente.

Nunca como ahora, en este momento de dificultades, había resultado tan imperativo volver los ojos hacia Simón Bolívar y su pensamiento ductor. Es por eso que esta Universidad Andina ostenta orgullosamente su nombre, porque pretende interpretar de la manera más fidedigna el pensamiento integrador de Simón Bolívar y las grandes ideas que propuso en el campo de la educación. Estamos conscientes de la inmensa responsabilidad que implica para esta casa de estudios llevar el nombre preclaro del Libertador y si algún objetivo nos impulsa es el de estar a la altura de tan grande responsabilidad, para que esta Universidad difunda, concrete y luche para que las ideas bolivarianas en el campo de la educación y de la integración sea el más firme soporte para el desarrollo, para la prosperidad y para la justicia en la comunidad andina de naciones.

Su mandato agónico de unidad y de integración continental sigue resonando en todos los confines de América como una clarinada. El no fue un integracionista utópico, creyó en la unidad y en la integración de los pueblos de América como el único camino para la solución de sus problemas y para el logro de sus retos.

Las mejores de sus virtudes para alentarnos son, sin duda, su desprendimiento y su constancia. De su desprendimiento bastaría recordar que fue rico de cuna y sacrificó toda su fortuna por la libertad; y como lo señalara el estadista venezolano Herrera Campins "siendo su preocupación, la gloria, no la codicia, su anhelo, el ser útil, no el ser rico, su empeño en servir no en mandar".

El mejor aliento en esta hora lo debemos buscar en su constancia, en esa resistencia suya para enfrentarse a la adversidad, en ese no dejarse doblegar ante el infortunio, en ese saber sacar, buscar y encontrar fuerzas para vencer en la desgracia, en ese tener siempre nuevas motivaciones para perseverar en la lucha

hasta vencer; esa es la lección que tenemos que aprender de él, en esta hora de dificultades.

De todas las descripciones de su personalidad, la más confiable por razones de la larga cercanía que tuvo con el prócer, fue la de su edecán Daniel Florencio O'Leary, quien nos deja contundentes párrafos para interpretarlo y para describirlo:

Su aspecto, cuando estaba de buen humor era apacible, pero terrible cuando irritado, el cambio era increíble.

Hablaba mucho y bien; poseía el raro don de la conversación y gustaba de referir anécdotas de su vida pasada. Su estilo era florido y correcto; sus discursos y sus escritos están llenos de imágenes atrevidas y originales. Sus proclamas son modelos de la elocuencia militar... en sus órdenes, que comunicaba a sus tenientes, no olvidaba ni los detalles más triviales, todo lo calculaba, todo lo preveía.

Tenía el don de la persuasión, y sabía inspirar confianza a los demás.

A esas cualidades se deben, en gran parte, los asombrosos triunfos que obtuvo en circunstancia tan difíciles, que otro hombre sin esas dotes y sin su temple de alma, se habría desalentado. Genio creador por excelencia, sacaba recursos de la nada. Gran conocedor de los hombres y del corazón humano, comprendía a primera vista para qué servía cada cual; pocas veces se equivocó.

Y finalmente O'Leary hace una referencia muy útil para entender e interpretar el pensamiento político y doctrinario de Simón Bolívar:

Hablaba y escribía correctamente el francés; el italiano con bastante perfección; de inglés sabía un poco, lo suficiente para entender lo que leía. Conocía a fondo los clásicos griegos y latinos que había estudiado, y los leía siempre con gusto en las buenas traducciones francesas.

He querido recoger esos testimonios de O'Leary, porque merece la más absoluta credibilidad. Sobre la vida de Bolívar se ha escrito mucho; en todos los idiomas, en los más variados tonos. Desde la más despiadada calumnia hasta el endiosamiento sin límites; pero lo importante es que a medida que pasan los años, millones y millones de seres humanos, en todas las latitudes del universo, recurren al inmenso caudal de su vida y de su pensamiento, siempre fresco y actual, para buscar aliento e inspiración en sus luchas por un nuevo estilo del derecho a la vida y por una nueva manera de vivirla en paz, en libertad y con justicia.

Y ante esos millones de voces que lo aclaman, que lo ensalzan y que lo presienten yo quiero terminar mis palabras con la evocación de un bardo venezolano, Alberto Arvelo Torrealba, quien se lo imagina pasando en el luminoso camino de la gloria, cuando nos dice:

De bandera va su capa,
Su caballo de puntero,
Baquiano, volando rumbos,
artista, labrando pueblos,
hombre, retocando patrias,
picando glorias, trapero.

Óigale la voz perdida;
sobre el resol de los médanos,
la voz del grito más hondo,
oigásela, compañero,
como el son de las guaruras,
cuando pasan los arrieros
como la brisa en la palma,
como el águila en el ceibo,
como el trueno en las lejuras
como el cuatro en el alero
como el eco en las tonadas,
como el compás en el remo
como el toro en el rodeo
como el relincho en el alba
como el casco en el estero
como la pena en la canta,
como el gallo en el silencio
como el grito del catire
en las queseras del medio
como la patria en el himno,
como el clarín en el viento
por aquí paso, compadre
dolido, gallardo, eterno.